

Con la llegada de la primavera en este fin de semana, vemos que los jardines y campos se comienzan a preparar para la siembra. Conduciendo alrededor del campo en esta época del año, la tierra recién removida hace que el campo se parezca a un terreno que se ha removido para una tumba gigante en un cementerio. En esta tierra removida se dejará caer la semilla. Seca y encerrada con una cáscara exterior dura, la semilla lleva en sí escondida el potencial de la vida. Solo cuando es enterrada en la tierra, y siendo sumergida en la enorme realidad más grande que si misma, solo entonces que la semilla, a su tiempo, se abrirá y llegará a su completo potencial de llevar y de dar vida para producir una cosecha abundante. La semilla tiene que morir para vivir verdaderamente.

Jesús usa esta imagen, tan familiar para nosotros aquí en Iowa, para explicar su persona, de la misión y del significado de su próxima pasión. También lo usa para señalar el camino para cualquiera persona que quiera ser su discípulo, el de poder de “nacer de nuevo”, como lo reflexionamos el fin de semana pasado. En la Iglesia llamamos este proceso el "Misterio Pascual". Es decir, entramos en Jesús, entramos dentro del ‘Misterio Pascual’, y en el ‘Sacramento del Bautismo’. En bautismo, al pasar por el agua, morimos y resucitamos en él. El resto de nuestra vida es un continuo proceso de permitir a Dios que escriba en nuestros corazones en forma más profunda, su "nueva alianza", la "ley de la vida de Jesús", de modo que podamos producir el fruto del Reino de Dios, no solamente en esta vida, sino también finalmente al morir, y de tener la experiencia de ser cosechado por Dios, de entrar plenamente en Cristo después de haber sufrido una muerte como la suya, con la esperanza cierta y segura de compartir su resurrección a la vida eterna.

El Misterio Pascual; el "grano de trigo que cae en la tierra"; "perder la vida con el fin de encontrar la vida"; abandonar el interés propio; elejir de servir a los demás, esta es la "hora" de la decisión de Jesús, y de la nuestra también. Al igual que nosotros, Jesús luchó contra sus demandas: "Estoy preocupado ahora." ¿Quién no lo está? Si solamente nos enfocamos exclusivamente en la parte del "morir" en el ‘Misterio Pascual’, fracasaremos de tomar en cuenta la "resurrección", la glorificación que viene después de la muerte. Al hacer estamos sólo enfocándonos en la semilla que debe ser plantada en la tierra con ninguna o poca idea de lo que va a suceder en las próximas semanas o meses, y solo mirando hacia delante en la cosecha y de lo que va a producir. Al romperse la cáscara exterior de la semilla se libera desde adentro el regalo ‘de vida’. En Jesús, al dar ‘su vida’ por nuestra salvación, la glorificación estalló. El Padre es glorificado al entregar a su Hijo. Jesús, el Hijo es glorificado al entregarse a si mismo a la cruz. Sin negar la cruz, debemos mirar más allá en

la Resurrección. Seremos glorificados cuando nos entregamos a seguir a Jesús, hacia la cruz, como él mismo nos dijo a nosotros: "El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y me siga"(Mateo 16:24). En esta "entrega", y del "rompimiento de la auto-preocupación" o del interés propio, es la glorificación, y es en donde se encuentra la plenitud de la vida.

Este proceso de crecimiento, de transformación, de morir a sí mismo con la esperanza de la resurrección a una nueva y mejor vida, ¿no es tan fácil! Se nos hacen demandas a nosotros, que parecieran imposibles. Por ejemplo, ¿qué joven pareja en que está anticipando la alegría del nacimiento de su primer hijo, está realmente preparada para la alimentación del bebé a las 2am? ¿que van a trabajar con sólo un par de horas de sueño cada noche (¿si es que logran dormir!), o con un bebé con cólicos? ¿y después de todas las demás "demandas agonizantes" que se le exigirán de ellos en los próximos dieciocho a veinte (¡o más años!) a través del camino que tienen que llevar educando a sus hijos a través de sus muchas etapas de la vida de ellos, hasta el día en que el niño llega a ser un adulto, y caminarlos para una vida propia en el mundo de afuera?

Jesús conocía estos desafíos, estos temores. El Evangelio y la segunda Lectura dejan en claro que Jesús no quería sufrir. "Ahora mi alma está turbada. ¿Diré acaso: Padre, líbrame de esta hora?"(Juan 12:27). Jesús reza en el Evangelio y "Ofrece oraciones y suplicas con poderoso clamor y lágrimas "a su Padre ", como se nos dice en la carta a los Hebreos. Sin embargo, en la "hora de la verdad", Jesús dice "...que se haga tu voluntad"(Mateo 26:42) al plan que Dios tenía para él, "soportando la cruz sin importarle la vergüenza", poniendo su confianza en el Padre y que el mismo Padre, en última instancia lo llevó a su gloria.

Jesús nos enseña que las 'demandas agonizantes' de nuestra vida: las dificultades, las penurias, inciertas en cuanto al resultado que van a tener, y que en sí mismo son un don y gracia, porque, aunque están escondido de nuestros ojos y a menudo de nuestro entendimiento, estas 'demandas' son los precursores de la nueva vida.

Nuestra glorificación está *en* el morir, porque al morir nos identificamos con Jesús, que pasó a través de la muerte a la Vida resucitada. Así lo haremos nosotros. ¡Esta es nuestra fe!

Padre Jim Secora